

# El espinazo ideológico de la desigualdad

**Owen Jones describe en Chavs. La demonización de la clase obrera**

cómo el thatcherismo y las élites dirigentes se han impuesto a los trabajadores



JOSÉ LUIS ARGÜELLES

La Academia sueca concedió el premio Nobel de Economía a Milton Friedman, adalid de la Escuela de Chicago, en 1976. Tres años más tarde, la conservadora Margaret Thatcher fue elegida primera ministra del Reino Unido. Y en 1981, el republicano Ronald Reagan se convertía en el cuarentésimo presidente de los Estados Unidos. Esas tres fechas, y la caída del Muro de Berlín el 10 de noviembre de 1989, marcan el triunfo de un neoliberalismo reduccionista y casi teológico que se ha caracterizado por la sacralización de la tecnocracia macroeconómica, un individualismo ferroz y egoísta, la deslegitimación del Estado como instancia redistribuidora de la riqueza y la globalización financiera. Su hegemonía ideológica ha sido tan persistente que sus defensores, olvidados los rituales golpes de pecho de los primeros momentos de pánico (más teatrales que sinceros, todo hay que decirlo), ni siquiera se han sentido movidos a rectificar una coma de ese discurso. Y eso que ha pasado casi un lustro desde la estrepitosa quiebra del conglomerado bancario Lehman Brothers, el 15 de septiembre de 2008, cuando el mundo se hizo cargo de que estábamos ante la mayor crisis capitalista desde el «crash» de 1929, con la larga secuela de desempleo y sufrimiento que ya conocemos.

El thatcherismo y la predisposición de la llamada «nueva izquierda» a renunciar a su ideario constituyen una de las tramas centrales de esas tres décadas largas que acabamos de resumir, atravesadas además por una revolución tecnológica sin precedentes. Convidarán conmigo que nada ha vuelto a ser lo mismo después de aquellos once años en los que «la Dama de Hierro» ocupó el número 10 de Downing Street: desregulación financiera, privatización del sector público, desmantelamiento de los servicios sociales y del Estado del bienestar, liquidación de los sindicatos... Y



Owen Jones.



Chavs. La demonización de la clase obrera

OWEN JONES  
Capitán Swing, 2012  
350 páginas

es ese contexto el que transpira por cada una de las páginas de un libro tan brillante como Chavs. La demonización de la clase obrera, ensayo trufado en muchos tramos por la prosa ágil del mejor reportismo, con el que un jovencísimo y brillante Owen Jones (Sheffield, 1984) ha agitado los matices políticos de ese gran laboratorio de la posmodernidad que es el Reino Unido. Lo digo porque, sin ir más lejos, nada de lo que se nos cuenta en este vibrante y agudo análisis resultará ajeno o extraño a los españoles al tanto de los recientes sucesos po-

líticos y económicos de su propio país.

Jones, influyente comentarista de izquierdas en medios como «The Guardian» o «The Independent», contribuye con Chavs a la persuasiva demolición de tres de los mitos que han sustentado el andamio neoliberal: todos somos o podemos ser clase media a poco que nos esforcemos; el concepto y los antagonismos de clase son cosa del pasado, una antigüalla; y, además, los problemas sociales no son consecuencia de las contradicciones económicas y las desigualdades de partida, sino el resultado de nuestros propios fallos e incapacidades. Como subraya su autor, este libro, considerado por «The New York Times» como uno de los mejores títulos de no ficción del año 2011, no trata de la «pie-dad» (de la identificación con los llamados «chavs»), sino del «poder». Dicho de otro modo: expone con fundadas razones cómo un segmento minoritario de la sociedad (el de los privilegiados) ejerce su dominio sirviéndose de una minuciosa estrategia de socavamiento de las señas de identidad de una clase obrera con tan largo recorrido y consistencia como la británica. Cualquiera que haya leído La formación de la clase obrera en Inglaterra, del gran historiador E. P. Thompson, sabe de lo que hablo. Por cierto, tanto este último libro como el que reseñamos en estas líneas acaban de ser editados aquí, en una acertada decisión, por Capitán Swing.

Nuestro autor reflexiona desde una acuciante pregunta formulada a partir de su propia experiencia: la inquietud que le dejaban ciertas conversaciones con amigos o el malestar que le producía el tratamiento de algunas noticias en los medios de comunicación: «¿Por qué el odio a la clase trabajadora se ha vuelto aceptable socialmente?». El Diccionario Collins de inglés define así el término «chav»: «Joven de clase trabajadora que se viste con ropa deportiva e informal». En realidad, el campo semántico de esta palabra se ha ido ensanchando de tal manera que hoy, tal y como explica Jones, se usa para hacer referencia a «cualquier rasgo negativo asociado a la clase trabajadora», desde la violencia al

racismo, pasando por los embarazos de adolescentes, el alcoholismo o el uso continuado de las ayudas sociales. Esa «caricatura chav», vaticina el escritor, no sólo «lleva camino de situarse en el centro de la vida política británica en los próximos años», sino que es utilizada de manera recurrente por las estructuras de poder para diluir u ocultar a los trabajadores como clase social.

Es lo que Jones llama «demonización de la gente trabajadora». Y ahí ve otra forma de la «lucha de clases británicas», con un ganador claro tras el «asalto» del thatcherismo a los «pilares» de la clase obrera (sus otrora poderosos sindicatos) y la construcción del relato de una muy extensa clase media sin conflictos de intereses con los dueños del poder económico. «La idea de que la clase trabajadora se ha esfumado y dejado únicamente un residuo chav es un mito conveniente», precisa el autor, que señala también hacia otros colaboradores necesarios en el éxito de esa «satanización»: «La negativa neoliberalista a desafiar el dogma conservador sobre los problemas sociales, y el ocultamiento de la pobreza y el desempleo en los medios». Resultado: «En 1979, Gran Bretaña era de una de las sociedades más igualitarias de Occidente. Después de tres décadas de thatcherismo, ahora es una de las menos igualitarias».

Jones, que también ve esa apoteosis de la «caricatura chav» como una consecuencia del abandono de las políticas de clase desde la izquierda, volcada ahora en las llamadas «políticas identitarias» (liberación de la mujer, luchas de los homosexuales, de las minorías étnicas...), no se limita a la descripción de la sociedad británica durante el largo reinado neoliberal. Ofrece, además, su alternativa. Y lo hace reivindicando una nueva «política de clase» que rechace «la ficción de que "todos estamos juntos en esto"». «La demonización es el espinazo ideológico de una sociedad desigual», avisa el autor de Chavs. ¿Cuántos obreros ocupan escaño hoy en el Parlamento español? ¿Más que en el de Westminster o menos? Las preguntas no son ociosas; las respuestas, tampoco.

El subtítulo, como no podía ser de otra forma, es elocuente: «Como convertí Coca-Cola en la marca más popular del planeta». Casi nada. Y, para que quede clara la orientación del libro, una frase contundente y evasiva a la vez: «Todos los secretos de la famosa bebida (excepto su fórmula)». Quien se muestra así de seguro se llama Neville Isdell y es el primer ejecutivo de la famosa marca de bebidas que se anima a contar su historia dentro de la multinacional. Una historia que abarca 30 años y que tiene en él a una figura clave para la revitalización de la compañía en sus tiempos más duros tras la muerte, en 1997, del consejero delegado y presidente Roberto Goizueta: «Estaba perdiendo su cuota de mercado». Una empresa que «vende felicidad» atravesaba una etapa de total desdicha. Y se pensó en Isdell, ya retirado, para devolver la sonrisa perdida. «Jamás había aspirado realmente a desempeñar esas funciones (de consejero delegado y presidente) y nunca pensé que fuese posible». Lo tenía claro: «Todo de-

## Tinta fresca

### La vida de la chispa



TINO PERTERRA

pende la gente de esta compañía». Isdell, nacido en Irlanda del Norte en 1943, empezó a trabajar en la empresa cuando vivía en África (la existencia del autor es muy novelesca en ocasiones), y ahí nació su pasión por los viajes. En Johannesburgo arrancó su carrera global, en plena oposi-



Dentro de Coca-Cola  
NEVILLE ISDELL  
Gestión 2000

ción al apartheid. Con 33 años estaba a cargo de dos fábricas y 1.700 empleados. Allí conoció de cerca el misterioso proceso de elaboración de la bebida: la empresa «enviaba el concentrado a nuestra planta en frascos de cuatro litros y nosotros lo utilizábamos para elaborar el jarabe que luego se mezclaba con el agua carbonatada antes de embotellar la bebida. Los ingredientes que forman el concentrado son mezclados en secreto en unos pocos y escogidos lugares alrededor del mundo. Sólo un puñado de personas conoce la fórmula secreta y yo no formaba parte de ese pequeño grupo, ni entonces ni cuando me convertí más tarde en consejero delegado y presidente».

De África a Australia, donde no fue tan feliz como en Sudáfrica. Y de ahí a Filipinas, donde las cosas no pintaban nada bien para la empresa. Sacar adelante el desafío se convirtió en una auténtica odisea, con un país en plena convulsión política. «La lección de negocios más importante que puedo impartir de la época que pasé

en Filipinas es la importancia -la necesidad- de aprender a animar a la gente. Puedes ser el mejor contable del mundo, el mejor técnico o el mejor estratega global, puedes trabajar cien horas por semana, pero si no eres capaz de motivar a los hombres y mujeres que constituyen la primera línea de la compañía en el mercado, hay pocas probabilidades de que tengas éxito como líder de empresa».

Y vuelta a empezar en Alemania Occidental, donde su experiencia como embotellador le permitió salvar una situación harto complicada de crecimiento estancado. Y otra lección aprendida: «La hipersensibilidad puede ser peligrosa para tu progresión profesional». Europa Oriental, India... Retos constantes, pero ninguno como el de ponerse al frente del imperio para salvarlo de la quema. El primer error: despedir a más de cinco mil personas. Se perdió impulso. Y moral. Tenía claro que el marketing es el alma de la empresa, y puso manos a la obra para fortalecerlo. El resto es (chispeante) historia.